

Paraguay. Transición sin alternancia

José Carlos Rodríguez

José Carlos Rodríguez: sociólogo paraguayo; investigador del Centro de Documentación y Estudios - CDE, Asunción.

Palabras clave: elecciones, situación política, Paraguay.

Lo que ha caracterizado la transición democrática en Paraguay es una mutación de las formas políticas, pero sin mutación de los actores políticos ni de las condiciones económicas, sociales y culturales del país.

Condiciones y resultados

Las últimas elecciones generales, de mayo de 1998, fueron limpias, libres y competitivas¹. La asunción del nuevo presidente Raúl Cubas Grau está prevista para mediados de agosto. El 80% de los ciudadanos ha concurrido a votar, otorgando legitimidad al mecanismo electoral. Y, pasado el primer momento de desconcierto ante el resultado, el día siguiente ya nadie cuestionó los métodos, el resultado de las urnas ni la autoridad del Tribunal Electoral.

Pero no hubo alternancia. Después de la primavera de los primeros años de transición, el río conservador vuelve a su cauce y los cambios, que se habían asomado, han vuelto a alejarse. En Paraguay se cumple la condición que Rousseau consideraba incompatible con la democracia. Hay algunos que son ricos en tal medida que cómodamente pueden comprar votos; y los pobres son tan pobres que los venden. Como ya es tradicional, en las elecciones de mayo de 1998 volvió a ganar el oficialismo.

La Asociación Nacional Republicana (ANR), Partido Colorado, se ha mantenido en el poder con un 54% de los votos. La oposición, que con candidaturas separadas había sumado un 60% en las pasadas elecciones generales, realizadas en 1993, esta vez, en Alianza Democrática, consiguió apenas un 43% –el resto correspondió a candidaturas menores o a votos no válidos. Sumados, la ANR y la Alianza Democrática recibieron el 96,4% de los votos en las candidaturas

¹ Los resultados de las elecciones son los siguientes (en porcentajes): Partido Colorado, 53,7%; Alianza Democrática, 42,6%; nulos, 1,9%; en blanco, 1%; Partido Revolucionario Febrerista, 0,5%; Partido Blanco, 0,3%.

presidenciales y el 90,6% para el Parlamento; es decir, que ambos contendientes atrajeron a la mayor parte del electorado.

El socialdemócrata Partido Revolucionario Febrerista tiende a la disolución, ya que no obtuvo más que el 1% de preferencias. Y las fuerzas más nuevas, difícilmente puedan consolidarse sin haber obtenido más del 2% de los votos. Siendo el sistema electoral paraguayo proporcional (D'Hont), en la composición del Parlamento se reflejan directamente estos coeficientes. En el Senado la ANR tiene 24 bancas, la Alianza 20 y el Partido Blanco ha logrado 1. En Diputados, de los 80 escaños, 45 son de la ANR y 35 de la Alianza. De los 17 gobernadores, 14 fueron para el oficialismo, 2 para los liberales y 1 para los encuentristas.

Para entender la debacle electoral opositora y la victoria del partido que gobierna al país desde 1946, que trajo y gobernó con la más longeva y oscurantista dictadura de su historia (34 años de Alfredo Stroessner), es necesario aludir al pasado, a la cultura, al déficit de liderazgo y a la torpeza de la campaña opositora. Hay una constatación simple: el oficialismo es más numeroso, más organizado, tiene más recursos y es más poderoso.

Herencia política

En Paraguay, la democracia se inició propiamente en febrero de 1989, con el golpe del general Rodríguez que desplazó a Stroessner, en el poder desde 1954. El saldo dejado por el autoritarismo fue lamentable, en términos de cultura política. La dictadura había implantado con éxito un modelo de partido de Estado, de un ejército afiliado al Partido Colorado y de una administración de gobierno también colorada. El poderío colorado sobrevivió a la democratización, a través de la sustitución de los métodos del miedo por los del clientelismo.

La democracia se hizo desde arriba para abajo y en las formas realizó muchos avances. Una ley electoral democrática, una Convención Nacional Constituyente que elaboró una Constitución aceptable, e innumerables jornadas electorales. Entre 1989 y 1998 hubo más de un proceso comicial por año entre internas, elecciones de autoridades partidarias, municipales y nacionales. Salvo excepciones, como la pérdida de la capital por el partido de gobierno, el Partido Colorado ha venido ganando –en un clima de paulatina transparencia– los distintos actos electorales. Pudo ganarlas elecciones de 1993 a pesar del 40% de votos obtenido, porque hubo tres contendientes. Juan Carlos Wasmosy, del oficialismo, Domingo Laíno del liberalismo (33%) y Guillermo Caballero Vargas (22%) del Encuentro Nacional –entonces movimiento, hoy partido político. Pudo el coloradismo ganar también a la Alianza Democrática de la oposición, cinco años más tarde.

El Partido Colorado, movimiento político conservador nacionalista, nacido en 1887, es el que más tiempo ha gobernado al Paraguay. Desplazado en la primera mitad del siglo XX, regresó al poder como brazo político de los gobiernos militares y se consolidó con una guerra civil en 1947. Convertido al fascismo duro en la

década del 40, moderará luego su discurso, mientras se afirmaba como partido del Estado.

Internas

En la interna, de cara a estos comicios presidenciales, dentro del oficialismo compitieron tres corrientes. Una fue la del ingeniero Faccetti –candidato del propio presidente Wasmosy– de la familia política conocida como los «barones de Itaipú», de hecho enriquecidos durante la construcción de la presa. Otra fue la candidatura del veterano Luis María Árgana, un político de larga tradición dentro de su partido y la antigua dictadura; y, finalmente, la tercera fue la candidatura del militar que rompió con todos los esquemas, el general Lino Oviedo.

Oviedo intentó un golpe de Estado en abril de 1996 y fracasado el levantamiento, se sumergió en una maratónica campaña política, fabulosamente costosa. Consiguió ganar la interna en el Partido Colorado, pero luego la justicia lo condenó a 10 años de cárcel por la insurrección. Sacado así del juego Oviedo, Cubas, el otro integrante de la lista oviedista ganó la candidatura presidencial, y Árgana la de vicepresidente.

En la oposición, la interna fue más simple. Carlos Filizzola en el Encuentro Nacional no tuvo competidor, y Domingo Laíno, en el Liberalismo, sólo tuvo uno menor. La Alianza Democrática conformada entre Laíno y Filizzola presentó listas únicas para presidente, diputados, senadores y los demás cargos de gobernación y juntas departamentales.

Pero un oficialismo desgarrado consiguió levantar el entusiasmo que la oposición reunida alrededor de Laíno no consiguió. El caudillo liberal, disminuido por un accidente de aviación, desgastado por tres elecciones perdidas, sin voluntad de cambiar el mismo estilo que sostiene hace 30 años, sin ánimo de enfrentar a su adversario Oviedo a quien nunca denunció, optó por un lenguaje blanco, presentándose como el gran conciliador y reivindicando sus vínculos con el más desprestigiado político del momento, el presidente Wasmosy.

Campañas

El clima de la competencia electoral fue el de una ciudadanía descreída de esperanzas, pero amarrada a los partidos políticos en forma arcaica. Los partidos son un salvavidas de asistencialismo y favores en medio del derrumbe socioeconómico, como en el pasado habían sido protección contra la violencia política. Porque la pobreza extrema –35 de las áreas urbanas y más del 50 de la rural– en lugar de decrecer, se agrava en un país con cerca de 20 años de crecimiento cero.

El 38% de los electores está afiliado al oficialismo; al liberalismo, el 19%; al Encuentro Nacional, un 3%; el 5% tiene más de un partido político. El restante 35% carece de afiliación, aunque la mayor parte es simpatizante del

coloradismo. Quienes tienen partido votan por los candidatos de sus jefes; quienes no, lo habían hecho por opositores –como Filizzola en Asunción y Caballero Vargas en las presidenciales pasadas. Pero en esta oportunidad ha sido Oviedo quien sumó estos votos para el oficialismo, con un discurso agresivo y antiparlamentario. Esa población no cautiva fue sumada a los votos duros del coloradismo.

En su campaña, la Alianza propuso el cambio. Y los electores que le votaron lo hicieron por el cambio y contra la corrupción y el atraso, según dicen las encuestas poselectorales. Pero el mensaje opositor no llegó casi más allá de las propias carpas: la del voto duro liberal, que oscila alrededor del 30% y del voto duro encuentrista, un poco mayor al 11%.

El oficialismo se basó en una doble estrategia. Hizo dos campañas, con dos aparatos y dos mensajes que capturaron al mismo electorado. Un mensaje fue el de voto pro gobierno y el otro de crítica implacable a ese mismo gobierno que encarceló a Oviedo. Así jugó a oficialismo y oposición al mismo tiempo. Contrarrestó también la propuesta opositora convenciendo a los suyos de que la oposición era sólo más de lo mismo, y encima con la desventaja de la inexperiencia. Demolió la candidatura vacilante de Laíno y al arcaísmo que representaba. El Encuentro Nacional, representado en la vicepresidencia de la fórmula presidencial por Filizzola, no tuvo visibilidad.

Hasta 15 días antes de las elecciones no se sabía si se realizarían los comicios o habría una suspensión anticonstitucional. Las campañas se hicieron a última hora y, en esas condiciones, el oficialismo se benefició con la improvisación, por cuanto su aparato es sin duda inmensamente más fuerte que el de los contendientes. Como dato ilustrativo: en la capital, los colorados tienen más de 140 locales partidarios, 16 los liberales, y 1 los encuentristas.

Incertidumbres

Una campaña que se realizó con uno de los candidatos presidenciales preso conformaba, sin duda, una situación extraña. Oviedo pasó en la cárcel los últimos cinco meses de su campaña. Sólo perdió su candidatura cuando se pronunció la sentencia en firme, proveniente de la Corte Suprema de Justicia. Cubas, que se había unido a la fórmula de Oviedo por amistad más que por ambición política, terminó con la banda presidencial por circunstancias y sin vocación. Su principal respaldo de gobierno es el movimiento dirigido por su líder encarcelado y debe cohabitar políticamente con Árgana, su duro adversario.

Las propuestas de gobierno de Cubas no son objetables en su fórmula. Pero el ingeniero casi no tiene experiencia política, salvo unos meses en la Secretaría de Planificación del presidente Wasmosy y carece de poder personal en su propio partido. Su candidatura se basó en la promesa de liberar a Oviedo, que parece difícil de cumplir sin violar el orden constitucional. Simbólicamente, fue Oviedo quien ganó las elecciones, desde la cárcel.

Cuánto apoyo tendrá Cubas de Oviedo, que continúa liderando su corriente política desde la cárcel; qué pacto hará con el argañismo, la otra gran corriente del coloradismo que ya ha votado en el Parlamento en contra del grupo de Cubas y de acuerdo con la oposición; con quién va a articular Cubas una mayoría política. Las incógnitas, tanto sobre la gobernabilidad como sobre la sostenibilidad democrática son muchas. Otras se refieren al futuro de la democracia y de la sociedad paraguaya. Una población empobrecida, con un analfabetismo funcional cercano a 60%, con una economía estancada, sigue votando a los herederos de la dictadura. Sigue siendo fiel al partido que en buena parte es responsable de su infortunio.

Una democracia frágil tiene un pueblo que, mayoritariamente, sigue por reflejo condicionado a la figura de un caudillo militar, que se levantó contra la democracia y cuyos fondos provienen del comercio ilegal. Y no se puede ver el cambio que podrá realizar Cubas en un Estado útil para generar prebendas y mantener en el poder a su partido, que tiene dinero para recompensar la obediencia con dádivas y premiar a la oligarquía con dinero fácil. Pero que constituye al mismo tiempo el mayor obstáculo para el desarrollo del país.

Asunción, agosto de 1998